

RAÚL GALVEZ



**Del amor
y otras
pasiones**

endira

**¡Gracias por empezar a leer las
primeras páginas de este título!
Te doy un trato preferente porque lo
mereces, disfruta de esta lectura y no
te pierdas la oportunidad de tener este
gran libro en tus manos.**

**Saludos,
Editorial Endira**

Confuso es el hecho de creer que estamos en un mundo donde el tiempo es parte de una existencia que profana a un destino ruín, pues incapaces somos de pronunciar una palabra romántica al viento sin que se nos señale de inicuos.



«Sí, es verdad que pronto será tarde; de hecho, pronto ya es demasiado tarde para poder permitirme disfrutar de ese sabor único que solo el calor de tu cuerpo sabe proveer. Porque el tiempo no ha sido capaz de comprender que en ocasiones es necesario esperar, dar pausa a ese perpetuo flujo de épocas, pues el presente en tu presencia queda en un lejano pasado cada vez que no me permites tomar tu mano, oler tu esencia o ver ese corto lapso cuando el impetuoso viento juega con tu cabello. Una amarga eternidad pasajera es la que agobia mi alma al no poder permanecer a cada instante dentro de tu sombra.

Cada segundo que no disfruto de tu compañía ya es tiempo perdido. Es tiempo pasado que no volverá a este futuro tan deseado. Si algo me llena de coraje el corazón y de reproches la memoria es el no poder abrazar tu violenta silueta a cada instante. Por ello, no permitiré que alejes de mí tu estampa. Nunca te lo he dicho: tu silueta le da postura a mi andar y llena de energía mis músculos para pelear ante cualquier bestia que se atreva a ver con un poco de lujuria tu perfecta entidad.

La pasiva, frágil, irrompible y pausada eternidad

con la que el tiempo transita solo provoca en mí un odio hacia cada segundo donde me veo obligado a no poder ver en tus ojos esa euforia que refleja un amor aumentado con el tiempo. Con delicadeza y atención he mirado tus ojos, me he perdido descubriendo el verdadero color de esa mirada disoluta en la inmensidad del espacio y me he dado cuenta de que son la ventana a maravillosos ocasos. Cada que pierdo mi vista en tus ojos, el tiempo detiene su rumbo y marcha a un paso que no es el habitual: más lento e indeciso de seguir con su camino.

¿Qué clase de hechizo es este? Me pregunté un sinnúmero de veces mientras martirizaba el intelecto y la poca comprensión del misterio que rodeaba todo tu cuerpo. Entonces, mientras te miraba a lo lejos, descubrí que el poder de tu arresto tiene tal magnitud que distorsiona el flujo perpetuo e irrompible del tiempo, aquel eterno camino que no ha sido alterado en cientos de años. ¿Por qué? En el tiempo, tanta perfección jamás había sido creada. Tú... mi hermosa mujer, cada que mi presencia junto a la tuya se encuentra, eres capaz de romper aquella barrera que se creía inquebrantable, pues el tiempo mismo no comprende cuan delicado es tu andar por este mundo. Detenlo... páusalo... aprovecha esa cualidad que te hace única, permite que deje en paz su marcha cada vez que pose mis labios sobre los tuyos. No dejes que terminen estos vehementes momentos llenos de amor sin igual. Detén el tiempo cada que veas en mí una sonrisa, demóralo una vez más cuando juntos nos encontremos sonriendo al mundo. No importa cuál sea la causa de tal felicidad, solo no permitas que mueran los santiámenes de dichosa paz que tu presencia provoca; porque

quiero quedarme eternamente frente a tu rostro, sonriendo, oscilando. Así es la eternidad pasajera que el flujo de tu amor puede ocasionar. Un segundo, una hora, un día, un mes, incluso un año, son solo diminutos momentos a tu lado, pues no siento el tiempo pasar, solo siento tu mecedora exaltación.

Mira mis piernas, cómo tiemblan. Se mecen entre péndulos intangibles puestos por mis entrañas. No sé si es por miedo o porque el nerviosismo se ha apoderado de mi cuerpo o, porque si en verdad entregas a mí tu amor, ¿sabré disfrutar de la manera correcta y deseada ese divino cuerpo que supones?

El espacio es demasiado reducido, se siente un inmoderado calor y no puedo controlar este agobiante mecanismo que mi cuerpo activa para mantener mi temperatura interna en condiciones favorables. Inseguro, me pongo al pensar si mi figura no te es agradable. La verdad es que nunca podré perdonarme si acaricio con considerable fuerza tu delicado cuerpo, pero... es que de verdad no resisto a que llegue el momento en que lentamente, con amor y finura, bese cada parte de tu ser. Te he observado desde afuera, tu cuerpo es la tentación más pecaminosa que me he encontrado a lo largo de esta vida. Seré un caballero, lo prometo; pero perdona mi torpeza: no me he preparado para esto.

Pronto verás que en realidad un amor fructífero y creciente está emanando de mi interior, como te lo he dicho a lo largo del tiempo que me has permitido estar a tu lado. Sabes bien que las palabras no tienen valor alguno, el viento se encarga de desvanecerlas por el mundo. Mejor mira la lágrima que corre por mi mejilla, dale el valor merecido a estas gotas que caen llenas de reprimida felicidad. Las

malditas palabras, ese corto vocabulario incapaz de expresar lo que hoy por ti siento, solo frustran más el deseo de demostrar, en lo correcto, tanto amor. Porque un “te amo” soltado al viento no es suficiente para expresar todo este amor immaculado. Te digo que te amo; si mis lágrimas no son en verdad prueba de ello entonces deja que moje mi cuerpo con el agobio de tu pasión, verás como entrego mi alma, mi cuerpo y mi decoro a ti, solo a ti.

Un mismo deseo, un mismo camino. Nuestros destinos están escritos para que permanezcamos juntos, para ir siempre por el mismo rumbo tomados de la mano y rompiendo cualquier barrera, destruyendo cualquier obstáculo y superando cualquier indiferencia. Deja que tome tu mano y no permitas que la suelte a lo largo de este descomunal camino. Ve en mí una mano amiga, una mano amorosa, un fiel acompañante que jamás cederá a que alguien haga daño a tu persona, que velará de tus noches y cuidará de tus días, que nunca permitirá que lances al aire una plática en solitario; una mano que seguirá tu mano sin importar el camino que tome, las decisiones que elija y el destino al que quiera llegar...»



«No ha pasado mucho tiempo desde aquel memorable “sí” que diste como respuesta a esa pregunta llena de miedos e indecisiones. Una historia que comenzó con una sola palabra que, con falta de aliento, pronunciaste mientras no podías expresar cosas más finas y conmovedoras. Un sí como respuesta

que cambió el auge de lo amoroso y permutó el curso de la historia, de nuestra historia. Aún recuerdo lo pasmado que quedó mi cuerpo cuando pronunciaste esa mágica palabra. Mi mente quedó en un blanco total, mi cuerpo perdió la fuerza para mantenerse de pie, pareció que arrebataste de mí la energía que fluye por cada rincón de mis entrañas. Una palabra bastó para caer derrotado ante tu templo. Mi espíritu, exaltado y lleno de incertidumbre, se encontró ante tal respuesta y por ello tomó la tosca decisión de abandonar mi cuerpo en busca de contestaciones certeras; razón de más para perder fuerza. Mirando a tu alrededor, penetrando en tu interminable nerviosismo, se dio cuenta de que tu corazón latía sin cesar. Tus nervios no podían contener el movimiento desesperado de tus manos y pies, la adrenalina se apoderó de tu cuerpo. Con firmeza, dejando a un lado lo terrenal, mirando de frente a mi alma, pronunciaste ese memorable “sí”. Fue una respuesta acertada. En verdad estabas interesada o, por lo menos, impaciente en iniciar un tiempo compartido conmigo. Todo tu ser pasmó el espacio y mi euforia se condensó en una sola palabra: “gracias”. Un “gracias” fue suficiente para que afirmaras que realmente me encontraba lleno de júbilo por aquella respuesta inesperada y muy deseada. Aunque no del todo seguro.

Como lo he mencionado con anterioridad: agradecer es un acto cautivador».



Y en verdad cautivó su vista y oído, porque aún recuerda lo inmóvil que quedó su cuerpo cuando

de su boca salió ese glorioso “gracias”. Dicho agradecimiento no fue por su respuesta, sino por todo aquello que apenas se están atreviendo a vivir. Un gracias, por todo lo bueno que pasará a lo largo de este tiempo. Un sinfín de experiencias que han de vivir, un amor que crecerá a cada instante, una vida que se ha de jugar el alma por el crecimiento fructífero de su querer.



«De verdad te digo que el amor que hoy por ti yo siento es tan grande, puro y sincero, que, si la muerte me alcanza en este instante, he de morir feliz.

Calmemos nuestras ansias por seguir explorando y comprendiendo las respuestas. Disfrutemos del momento para que quede en nuestra eterna memoria y permitamos que los nervios se controlen hasta retomar el ritmo normal».



El tiempo volvió a su marcha y el espacio comenzó a parecerles cotidiano, entonces se dieron cuenta de que era momento de hablar sobre lo que estaban dispuestos a iniciar.

—Oye, Zarah. ¿Crees que es necesario que hable con tu padre sobre lo nuestro? —dijo Gael con un tono de voz un poco alterado mientras le tomaba la mano y la invitaba a sentarse en un lugar no muy

adecuado; el descanso se hacía necesario después de tanta adrenalina corriendo por su sistema.

—No... —responde de inmediato con un tono inurbano y sorprendente—. Primero quiero ver qué piensa acerca de esto, ya después veré si es buena idea que hables con mi papá.

—Está bien —dijo con un tono tranquilo, como si se hubiese quitado un peso de encima—. Tú me avisas cuando, ¿vale?

—Sí, yo te aviso. Por ahora así está bien, a sus espaldas nos amaremos... —Se levantó. Lentamente fijó su mirada en el cielo—. Bueno... me retiro, ya es un poco tarde.

—De acuerdo, que te vaya bien. —Él le tomó la mano mientras la regresaba a su lugar, solo quería verle una vez más a los ojos.

Se miraron fijamente por un par de segundos. Ambos sabían lo que habrían de hacer, pero ninguno de los dos fue capaz de tomar una decisión tan difícil. Ella se desespera al notar la nula acción en su hombre y, confiando en su experiencia, se acerca a él lentamente mientras él dispone su cuerpo para aceptar lo que tenga que venir. Sus labios chocan entre inesperadas acciones, temblorosos están y se dan un beso. El primer beso de novios, el beso que encierra un aura elegante y pasional de eufóricos sentimientos que habían sido cohibidos por diez largos meses. Un beso inmerso en el espacio. Un beso atrevido pero decente. Un amor demostrado en un beso irrompible en el eterno cosmos. Un beso, sencillamente un beso de enamorados. Un beso inmortal en el tiempo.

Y, ante todas las expectativas en su contra, se levantaron despacio. Sin querer soltarse las manos

se despidieron mientras él miraba fijamente cómo se desvanecía a la distancia. Recordó una vez más: agradecer es un acto cautivador...

—Zarah —Le dice con una voz un tanto fuerte, pues la distancia entre ellos ya es considerable—. Gracias... —señaló mientras por unos pocos segundos se veían fijamente uno al otro, pasmados como si de un hechizo se tratase.

Mientras un par de lágrimas corren por sus ojos, Zarah sonrío y suspira profundamente. Acto seguido hizo un movimiento con la cabeza en señal de agrado. Apretó los labios como queriendo decir algo, pero le es imposible hablar mientras el corazón se le hace añicos.

—Por nada —responde sosegada.

Admirando con melancolía como Zarah se desvanece a la distancia, poco a poco sus ojos dejan de notarla entre la luz. Reflexiona sobre lo ocurrido. Mas la felicidad es imposible de esconder, su sonrisa no solo delata lo complacido que se encuentra consigo mismo, sino la sublime historia que podía llegar a contarse con una mujer de tan magnas cualidades caminando por la eternidad a su lado. Se ha deshecho por fin la legendaria maldición que posee su carisma, su amor maldecido por la soledad, su personalidad odiada por su compañía. Se ha dejado atrás todo rastro de soledad inherente al pecado, ha vuelto de nuevo a la batalla, se ha convertido ahora en un caballero que lleva en su espalda a la más elegante damisela que el mundo haya conocido. El peso es grande, lo sabe bien. La responsabilidad puede matar, pero él sabe que ha fortalecido su espíritu a lo largo de este tiempo de eterna suplica y alegría, de incontables enojos e in-

mensas decepciones. Su alma, su corazón, su mente y su cuerpo, al fin están en sincronía... le gritan al amor de esa sublime mujer.

Cuanto tiempo le ha costado, cuanto ha de suplicar por un amor. Solo recuerda lo que un día se dijo: «el momento, si se espera con paciencia, suele llegar en el tiempo indicado. Jamás tarde, jamás temprano. Y de en nuestros mejores amigos se ha de convertir». Ahora, la espera ha valido la pena. Junto a su mano lleva la reencarnación misma de la perfección pérdida en los tiempos de la colonia, la elegancia de la mujer pura, aquella inmaculada en el regocijo de la perfección.



«Y has de saber, amor, que mi alma pierde vida cada que ve con desespero y rabia cómo tu cuerpo se aleja sin piedad alguna de esta apegada alma que solo desea permanecer junto a tu esencia...»



La elegancia de un hombre se gana por aquello que manifiesta al caminar, por la finta que posee y la personalidad que carga su andar. La elegancia no es más que ese atributo sencillamente bello y sincero que un hombre demuestra sin importar que tan elegante sea su atuendo. La desenvoltura sobresale a pesar de la vestimenta. En su caso es diferente: es un pobre hombre delgado, sin físico atractivo, muerto entre siluetas desvanecidas por

sus pequeños músculos... pero se le ve un porte elegante. Solo basta mirar a la dama que lleva de la mano y la prepotencia con la que camina, seguro de sí mismo. Es verdad que existen cosas que simplemente nos llenan de orgullo y egoísmo, a un grado tan alto, que se hacen parte de nuestro día a día. El ego, la prepotencia y el orgullo que este chico demuestra al caminar son causados por la mujer que lleva al lado. El marchar de Zarah y el mirar de Gael engrandecen las calles por donde pasean. Su orgullo de hombre sobresale ante todo aquello que se ponga frente a él. Presume que lleva a su lado a la mujer más perfecta del universo.

—Si has de caminar a mi lado, seré el hombre más superior que existe. Y es porque cargo en mí la gracia de Dios todopoderoso condensada en una sola mujer. En ti, mi amor... Zarah Julissa Bhretral. Tu nombre se antepone a toda la perfección, lleva consigo un roce entre lo divino y lo mortal.

Entre roses nostálgicos la mira fijamente a los ojos. Entre besos apenados le toma la mano y le da gracias una vez más por permitirle compartir momentos de dichosa felicidad... Pero agradecer por la felicidad es pecar de falsa modestia, rendirle homenaje y adorarle en el tiempo son actos que le hacen justicia al honor de portar una dama tan extraordinaria.

—El poder es algo que va de la mano con tu persona. Yo sin ti, mi amada mujer, soy un talego de sentimientos no expresados. Segura está mi alma cuando le exclama a tu romántico amor que te amaré eternamente...

—La eternidad es un largo tiempo —le dice Zarah mientras disfrutan de un paseo nocturno en un noviembre frío.

—Sí, tienes mucha razón. ¿Pero qué tanto peso puede tener el tiempo si lo comparto contigo? No me costaría que la eternidad durase justo eso, una eternidad, mientras permanezcamos unidos...

—No lo digas con tanta libertad —responde Zarah al notar tanta naturalidad en las palabras de Gael—. El tiempo jamás cambiará su costumbre solo porque nos ve enamorados; al contrario, el tiempo pondrá una prueba difícil de superar para nosotros. Dicen que no existe cosa que no quebrante el tiempo...

—No conmigo, amor. Yo estoy seguro de lo que siento por ti...

Zarah se quedó pensativa. «¿Qué tanto puede durarle esa seguridad?», se pregunta a sí misma. Cuando su casa ya es visible a la distancia, Zarah se detiene y cambia su destino para alargar un poco el camino. Unos segundos más al lado de él pueden significar una muerte no tan temprana. Además, aún siente curiosidad por comprender más la forma de amar de Gael, así que sigue con preguntas indagatorias.

—¿Qué crees que signifique la palabra “querer”? —preguntó Zarah con curiosidad.

—Esa palabra se puede emplear en dos términos, y en ambos está bien utilizada —responde Gael con toda seguridad.

—¿De verdad? —Le dice Zarah en un tono sorpresivo mientras aumenta su curiosidad—, ¿y cuáles son?

—En términos sencillos, la palabra querer se sitúa en el primer caso cuando hablas de querer como un sentimiento. Es elevar el alma a niveles existenciales más allá de este. ¿Por qué te digo esto? Es muy llano, normalmente podemos decir:

yo quiero ir a la playa, quiero una cerveza o quiero salir a tomar un café. Y no hay ningún error en ello, la palabra se halla bien utilizada. Hablamos de un querer en términos del deseo. Sin embargo, cuando te dicen que te quieren, hablando en términos románticos, se está subiendo el primer peldaño para que, en algún momento de la historia, cuando el tiempo sea adecuado, pueda decirse “te amo”. La palabra querer eleva el alma a niveles existenciales más allá de este, pues en ella se expresa uno de los sentimientos más puros que se pueden experimentar. Al decir “te amo” se eleva el alma a niveles de existencia que pueden considerarse divinos. Cuando una persona quiere a otra y se queda en ese peldaño, es decir, no avanza más en la relación, puede regresarse y no pasa nada. Pero cuando uno es capaz de decir “te amo”, no hay retroceso. El amor no se termina de repente, el querer sí; es más susceptible a equivocarse.

—¿Y por qué dices que el querer te eleva a planos de existencia más allá de este? —pregunta Zarah con asombro.

—Pues porque cuando uno quiere algo. Puede traducirse como un deseo. El deseo es de lo más terrenal posible, cosas que se obtienen fácilmente. Pero cuando uno quiere a alguien no hay sinónimo para eso, no existe una forma de describir ese sentimiento, no hay medida de comparación. Es algo que está fuera de nuestra comprensión, fuera de lo tangible.

Zarah razona a conciencia. La respuesta se le ha hecho de lo más interesante.

—Jamás en tu vida me vayas a decir que me amas si no estás seguro de ello.

—Ten por seguro que no lo haré. Yo más que nadie sabe el significado de esa palabra... créelo.

Retrasan un poco su caminar. Saben bien que cada paso los acerca más a una despedida que, aunque se ejecuta cada noche desde que creen quererse como nadie jamás se ha querido, les duele. Solo son un par de jóvenes que adoran su compañía. La casa de Zarah se hace presente, esta vez no hay calles que aumenten la distancia ni atajos que sirvan para descansar después de caminar tanto. La idea de despedirse les duele. No les queda otra opción más que tomarse de las manos lo más fuerte posible y demostrarse en un beso lo mucho que se quieren, decirse en palabras lo mucho que les dolerá la despedida y el tiempo de ausencia; lo cruel que será la noche cuando se den cuenta de que no hay forma de aliviar el frío cuando una sábana resulte inútil a la hora de acoger el alma.

—No entiendo cómo puedo ser capaz de dejarte ir todos los días, en el mismo sitio y con la misma pena en el alma... un dolor que no para de aumentar —dice Gael.

—Lo hacemos en contra de nuestra voluntad, quizá sea por eso. ¿Sabes?, en este tiempo tan corto te he tomado un cariño tan inmenso que es inevitable no sentir miedo...

—¿Miedo? ¿Miedo a qué? —pregunta sorprendido.

—A tu ausencia... En este punto de la historia sería difícil dejarte ir, imagina si el tiempo avanza y este cariño aumenta... —Zarah cambió su tono de voz, se inundó de melancolía. Fijaba su vista al suelo—. Miedo a ello, a tener que decir adiós algún día amándote de la forma en la que podré llegar a

amarte.

—Hay promesas que nos atan a una persona. Mírame a los ojos, ve qué tanta sinceridad existe en mi mirada, una mirada que te regalo como prueba de la verdadera sinceridad. —Tomó con delicadeza la cara de Zarah y la hizo mirarle a los ojos—. Si en mi mirar notas sinceridad, cree entonces una promesa. Mientras me permitas estar a tu lado ahí estaré, siempre velando tu noche y protegiendo tu día. Hasta que tú lo decidas estaré a tu lado. Y eso es una promesa que puedes creer...

Zarah sonrió con inocencia. Una sonrisa que da a entender que ha creído completamente en las palabras de Gael, o quizá en su mirada sincera y justificada. Ella sabe bien que a las palabras poco se les puede creer, pues no hay nada más volátil y temporal que estas, pero una mirada suele engañar mucho menos al oído y a la vista. En una mirada se expresa la eternidad de una verdad que no es capaz de sucumbir a la mentira. En una mirada la mentira pasa a ser una ilusión.



Mientras el tiempo suele hacer lo que mejor sabe, uno de esos días de octubre donde la luna suele expresarse de una manera más abierta dejando a un lado la sonrojes, Zarah y Gael pasean tranquilamente por las calles de su ciudad. La ciudad donde viven es un pequeño pueblo con una arquitectura de estilo colonial. Adornado con arcos por todos los rincones y centros turísticos. Monumentos engrandecidos con parques tan verdes como si de jardines botánicos se tratasen, monumentos que hacen honor a los héroes que les dieron patria

y libertad. Colores puestos por la caída de flores diversas. Lo que sobresale de ese lugar es su centro histórico. Un lugar lleno de monumentos un poco más pequeños que los de a su alrededor, obras de arte coloridas y diversas. Con fuentes de agua tan imponentes, atractivas y espectaculares, que calman los nervios de cualquiera y sacan un admirado semblante incluso del ser más apático de la tierra. Adornado con bancas de hierro fundido pintadas con un color negro penetrante, el cual combina a la perfección con el grisáceo de sus suelos de piedra fina.

Justo ese octubre se celebra uno de los festivales más emblemáticos de la ciudad. Una fiesta donde se festeja la diversidad gastronómica del lugar y sus alrededores. “Enmascarando los sabores de una ciudad con identidad”, ese el nombre con el que se le conoce a tan famosa celebración. Y como se trata de un evento de dimensiones más allá de las municipales, la diversidad y cantidad de gente que se encontraba disfrutando de los sabores de todos los restaurantes, fondas y puestos donde se ofrece comida tradicional, es tan abrumadora que incluso llegó un punto en la caminata de Zarah y Gael a ser incómoda. Y no sobran aquellas que suelen notar un aire de amor en la cercanía.

Una mujer lleva de la mano a una niña de aproximadamente seis años, parece ser una ama de casa dedicada a su hija. Se nota por la cantidad de accesorios que portaba la pequeña, combinados perfectamente con su atuendo y un peinado en extrema perfección, una limpieza y gusto por la ropa demasiado notorio. Ella llevaba un par de minutos mirando a Zarah y Gael. Mientras más los observa,

su admiración va en aumento al darse cuenta de la cantidad de gestos románticos que se hacen mientras caminan y disfrutan del evento. Por un solo segundo no han soltados sus manos mientras, de alguna forma, caminan abrazados y con un intermedio de aproximadamente un minuto entre cada beso, uno más pasional que el anterior. En un movimiento espontáneo, la mujer toma de la mano a un hombre que se encuentra disfrutando de la nieve exhibida en vasijas de barro. El hombre es un poco más alto que la mujer, con una complexión un poco exagerada y su rostro solo demostraba cansancio mezclado con aburrimiento. Parece ser su esposo. Le aprieta la mano con tal fuerza que el hombre se ve obligado a voltear hacia donde ella. Cuando la señora se da cuenta de que tiene su atención, señala con poco decoro a la joven pareja para después hablar con una voz un tanto melancólica.

—Mira que enamorados se ven al caminar. No han dejado pasar un minuto sin que sus labios choquen tan tiernamente que, hasta acá, me han cautivado. Se nota que ahí sí hay amor. Ver eso me trae tantos recuerdos...

El hombre con un poco de ira, pues le han molestado cuando pretendía probar el helado en vasijas de barro —postre que considera su favorito—, guarda silencio por un par de segundos mientras los observa. Remata con una mueca un poco apática.

—Así es como todo aquel que asemeje estar enamorado se debe ver. Firme a cada paso, sosteniendo la mano de aquella que es su amor. —Voltea la vista hacia el helado—. Mira, anda más que hermoso el color rosado; debe estar hecho con las mejores fre-

sas de la región.

Mientras el hombre pierde la vista en la inmensidad de colores puestos en las vasijas de barro, los cuales delatan la finura y sabor de cada helado, la señora no es capaz de despegar la vista de tan conmovedora pareja. Gael mira de reojo y nota esa mirada penetrante, ríe disimuladamente al notar que es el centro de atención de una mujer.

—Esa señora no nos ha quitado la vista de encima desde hace ya varios minutos. —Zarah voltea de una forma disimulada a ver a la señora.

—Sí, ya lo había notado, pero no pongas mucha atención. Anda, sigue viendo los atrapasueños —responde Zarah tratando de no demostrar su curiosidad.

—Parece que el amor les ha dado la mano del agrado, y eso poca gente puede presumirlo. Pero recuerdo bien, ahora que lo medito, que tú y yo no nos veíamos así de tiernos —le dice la mujer en una especie de reclamo.

El hombre, al notar el reclamo de su esposa, regresa de nuevo su vista hacia ella y la toma de la mano mientras la mira fijamente.

—Son jóvenes deseosos de amor, lo menos inusual que se espera de ellos es que porten en su frente el desprestigio del desamor. Créeme, cariño, te conozco demasiado como para firmar que tu memoria no es tan buena para acordarte de esos detalles.

La mujer hace una mueca tratando de contradecir el comentario.

—Pues la verdad en ello tienes razón. Deben estar estrenando su amor, de lo contrario su apego se vería igual de común que el nuestro. —Ahora su

voz cambia en tono de reproche.

—Ya han de llegar los veinte años de matrimonio que en poco tiempo cumpliré contigo, y si sus rostros se siguen viendo de la misma forma entonces aceptaré todos tus reproches. ¿Qué tan mala ha sido tu vida?

—No... —responde de inmediato mientras se disponen a retirarse del puesto de helados para seguir cautivándose con tantos platillos gastronómicos disfrazados de artesanías—. No ha sido tan mala, solo es que tu mirada ha cambiado tanto con el tiempo... ya no me miras como ellos dos se apreciaban, no digo que lo nuestro sea desamor, solo es esta maldita costumbre que nos obliga a seguir tomados de la mano.

El hombre ríe de una forma sarcástica mientras agita su cabeza en señal de contradicción, acto seguido le suelta la mano.

—Pues no te acostumbres, mujer. Un día de estos, cuando descansado esté mi cuerpo, mi mirada puede sorprenderte, querida.

Entre preguntas y respuestas, las voces de aquellas personas se van desvaneciendo a la distancia. Se escuchan cada vez menos la tan interesante plática que el porte que aquellos dos chicos les hizo iniciar, pues no es de admirarse que el mundo entero aturda ese magnífico aspecto, esa elegancia sin igual y esa confianza en cada desplante que dan juntos. Pues una cosa es segura, y lo han dicho aquellas extrañas personas: el amor que expresan resulta ser único y sin igual. Confiado va aquel hombre al llevar de la mano a tan magnífica mujer.

Cuando la conversación se mantenía entre esas extrañas personas, Gael agudizó su oído lo más po-

sible para percatarse de cada palabra que decían. Esto solo provocó que su orgullo se engrandeciera más. Con toda la admiración posible toma a Zarah de la cintura. Gael sonríe con toda libertad mientras expresa una especie de complacencia y le comenta algo a Zarah con sátira.

—¿Escuchaste lo que platicaba aquella pareja de nosotros? No puedo creer que seamos tema de conversación para personas que no conocemos... ves, la gente puede notar cuán grande es mi amor por ti —le dice al momento que la toma del brazo con algo de furia y la acaricia con suavidad deleitándose con la exquisitez de su piel.

—Lo sé, mi amor —le responde con toda alegría—. Es verdad que no es fácil esconder nuestro amor. —Muestra un poco de rubor mientras alza la vista y le toca suavemente la mejilla a Gael para darle un beso en la mano.

Gael se sorprende un poco con esta acción, pues en el tiempo que llevan de novios jamás había presenciado algo así.

—¿Sabes qué significa cuando alguien nos besa la mano? —pregunta después de haber presenciado tal hazaña.

—No, la verdad no sé. ¿Me dirás el significado?

—Claro, significa respeto. Para mí, cuando alguien besa mi mano, significa que me tiene respeto, admiración, un sentimiento que va más allá de la coherencia y el agrado.

—¿Qué no significa respeto cuando alguien besa tu frente?

—No, eso es devoción. Creo...

—Pues de verdad te tengo respeto y te admiro. Mi querido Gael, cómo no respetarte cuando te

has ganado por completo mi cariño, mi corazón, mi obediencia, mi admiración. Así que trata de no poner de nuevo esa cara de sorprendido cuando te bese la mano, es algo que haré con regularidad.

Gael comienza a reír con algo de disimulo por las palabras de Zarah mientras la multitud va quedando cada vez más alejada a sus espaldas como consecuencia de su acelerado paso. Cuando las personas quedan a una distancia considerable, Gael voltea hacia atrás para rectificar el espacio entre ellos y los individuos, y en un acto espontáneo Gael detiene con furor su andar cuando con cautela va colocando sus manos sobre la cabellera de Zarah acariciándole con armonía para no evidenciar su desespero por tocarla. Gael comienza a besar sus mejillas, pasa por su frente y da un recorrido apresurado por su cuello hasta llegar a sus labios húmedos y rosados. Lentamente la besa con una agresividad tan evidente que la pasión los compromete a continuar sin permitirse detener el artístico acto a demostrar. Le besa los labios, comienza a mordisquearle el labio inferior en succulentos movimientos, sonriendo, entre pausas y con un alto grado de romanticismo. Los labios de ella, apasionados y anhelados, se mueven en estéticos brincos. Para este hombre, el poder posar sus labios sobre los de aquella mujer y mirarle a los ojos cuando no dejan de mover la boca es, sin duda, un agasajo para su sentir.

Gael mira el respeto como aquella emoción que siembra la base de toda relación amorosa. Se ha dado cuenta de que la introvertida personalidad de aquella mujer en verdad tiene un límite. El respeto no se quebranta con la desobediencia, sino con la rebeldía a la desobediencia, a la deshonra. El hom-

bre es capaz de respetar cuando frente a toda su sabiduría antepone el amor, el sentimiento. La falta de armonía en el corazón no nos permite ir más allá del desacato, por lo que, en la expresión del amor romántico, la abundancia de amor nunca está de más. Cuando hay amor, el respeto se da por naturaleza sin forzarle a existir.

—Porque he de morir a mi deseo carnal, a mi deseo social e incluso a mis grandes anhelos, todo con el fin de respetar siempre lo que ahora tú me entregas, este amor del cual me has hecho un afortunado cómplice. Conocerás el más grande nivel de respeto que alguna persona haya presenciado antes. Esto es una promesa, mi amada, pues no deseo por ningún motivo que tu mente, tan cambiante y mal interpretadora, descifre de forma incorrecta los actos que el día a día ejerzo.



Unas pocas semanas después, Zarah y Gael salen por la mañana. Algo extraño para ellos. Esta vez se disponen a desayunar en un pequeño restaurante, no tan elegante, pero sí lo suficientemente decente y recomendable como para pasar una mañana agradable. Para sorpresa de ellos, al pasar por el centro de la ciudad, se encuentran con un colorido desfile de personas vestidas con atuendos de guerra, carros alegóricos y algunos personajes políticos conocidos. Ese día su pueblo se encontraba de fiesta, celebrando a algún hombre caído en una batalla ejecutada años atrás. El centro de su ciudad se encontraba completa-

mente lleno de personas tan extrañas como curiosas. Algunas personas presentes se encontraban vendiendo artesanías y objetos representativos de su cultura. Zarah y Gael se encontraban caminando por la hilera de comercios mientras a lo lejos se escucha un grito.

—¡Zarah! —Se escucha en un tono aguardentoso. El ruido provocado por las personas y los gritos de los comerciantes no permitieron que hiciera caso a dicho llamado.

Ella comienza a caminar con prisa, pues sabe que si detiene su andar Gael seguro se detendrá en algún puesto a comprar artesanías. Un par de minutos después, Zarah siente como le tocan el hombro de una manera un poco brusca e incluso agresiva.

—Amiga, ¡por Dios! ¿No escuchas? Te estoy gritando como loca desde hace más de una hora y tú no haces caso. ¡Sí, claro! Como traes galán nuevo seguro ya no quieres hablar. ¿Pero qué crees? No me importa, te saludaré de todos modos.

Los recuerdos de Zarah se dispararon de inmediato al recordar a la dueña de esa voz tan chillona y aguardentosa. Incluso antes de que voltease hacia atrás para ver de quien se trataba, comenzó a reír de una forma ruidosa recordando a la única persona que conoce en el mundo que tiene este tono de voz y que utiliza tan mal las palabras como para decir tan poco en oraciones tan largas. Gael por su parte le sigue en risas después de darse cuenta de quién se trataba.

—Sí, definitivamente tenías que ser tú. Y no es que no te quiera saludar, solo que con tanto ruido no me es posible escucharte. —Zarah responde con tanto sarcasmo como le es posible.

—Buena tarde, espero y se encuentre usted muy

bien. —dice Mauricio con toda la educación posible.

El joven, vestido de lo más elegante posible, con un porte fino y bien plantado, solo mueve la cabeza en señal de agrado mientras extiende su brazo para saludar a Gael con un fuerte apretón de manos. No dice palabra alguna, solo sonrío y permite que su acompañante sea la que converse. Es notable el cambio en las palabras al dirigirse a Mauricio, pues su presencia lo amerita.

—Mauricio, buena tarde —responde el saludo Gael con un poco de pena—. ¿Qué tal te encuentras? No esperaba verlos por aquí.

—Excelente, gracias por preguntarlo. Fue idea de Laura el venir hoy aquí. Quería, al igual que ustedes, admirar la belleza de las artesanías. A mi parecer un poco desvalorada para venderse al precio que estiman en el mercado, pero supongo que esto solo es por hacer justicia de sus ventas en un mercado tan... competente.

—Sí, ya lo creo. Nada es más cruel para un artesano que la mercancía poco valorada.

—Por Dios, no vayan a comenzar a hablar de esas cosas. Digo, solo vean y si nos les gusta el precio pues no lo compren. —Interrumpe Laura la conversación.

—Ay, amiga. Tú siempre tan inoportuna —responde Zarah al notar el cambio en el gesto de Mauricio.

—Oye, no hagas esa cara de enojado —le dice Laura a Mauricio mientras le da un leve golpe en la mano derecha.

Mauricio disimuladamente ríe.

—No... no contigo —responde mientras le acaricia la mejilla.

Laura, un poco sonrojada, toma a Mauricio de la mano mientras se dispone a caminar un par de

pasos para salir de la multitud. Desea ir a la nevería más cercana; y bien conocida por Laura, en esa heladería venden un producto muy peculiar: flotador de nieve. Zarah y Gael le siguen.

—Creo que tendremos que posponer el desayuno —le dice Zarah a Gael mientras intentan ir hacia un espacio menos habitado.

—Sí, ya lo creo —responde Gael un poco decepcionado.

¿Quieres continuar leyendo este libro?

¡ADQUIÉRELO!

Dale clic aquí

Envió GRATIS a toda
la República Mexicana

Encuétralo en tu
librería favorita

¿Tienes alguna duda?

CONTÁCTANOS

lectores@endira.com.mx



EditorialEndiraMX